Miguel Cruz Hernández (1920-2020). *In memoriam*

ANTONIO HEREDIA SORIANO
Universidad de Salamanca

El primero de ocho hermanos, nació en Málaga el 15 de enero de 1920 y murió en Madrid el 25 de marzo de 2020. Un siglo de vida dedicado al magisterio, a la filosofía, a la historia de la cultura y pensamiento islámico —su vertiente más conocida— y a la función pública en cargos políticos. Nació casi en una escuela, pues sus padres eran maestros nacionales, al igual que sus abuelos paternos. Ello quiere decir que pasó la infancia envuelto en los modos y cultura del magisterio primario que sus padres ejercían a diario al lado mismo de la vivienda familiar, de tal modo que la escuela fue para el pequeño Miguel una prolongación de su casa. El arte de enseñar a leer, escribir y contar lo experimentó de niño por partida doble. No es extraño que aprendiera "casi solo" las primeras letras. En aquel modesto hogar no había riqueza —¡¡era un hogar de maestros!!—, sí había libros y periódicos —el que compraba su padre era *El Sol,* el diario liberal reformista apadrinado por Ortega y Gasset—. Esos materiales fueron su más antigua compañía y la ocasión de su gran afición a la lectura.

¿Quién le iba a decir a Miguel Cruz —amigo inseparable de los pocos libros que había en su casa y en la escuela— que con los años iba a relacionarse con ellos como Director General de Cultura Popular (1974-1977)? ¿Quién le iba a decir que dirigiría la política del libro en España y que sería responsable en última instancia de las publicaciones universitarias y de la magnífica Editora Nacional? ¿Cómo iba a sospechar el rapaz que un día presidiría el Instituto Nacional del Libro Español (INLE)? Seguro que habría tomado por loco a quien se lo hubiese sugerido, pero a la vez —creo yo—, si se le hubiera dado la posibilidad de opinar, habría dicho que ese hipotético cargo era el que más deseaba en su fuero interno, el preferido entre otros que también ejerció, el de Alcalde de Salamanca (1958-1962) y el de Gobernador Civil de Albacete (1962-1968). No en balde, los libros fueron su inseparable compañía y la ocasión de haber caído de por vida en el vicio de la lectura.

Pero no solo fueron libros escolares o hallados en la biblioteca de su casa los que llenaron sus horas de niño y adolescente. Libros de literatura como el *Quijote* (Cervantes), *El pastelero de Madrigal* (Manuel Fernández y González), *Un asunto tenebroso* (Balzac), *Guerra de los mundos* (H. G. Wells), *Doble asesinato en la calle Morgue* (E. A. Poe), *Platero y yo* (J. R. Jiménez), *Romancero gitano* (García Lorca); o libros de filosofía y pensamiento, como *Lo bello y lo sublime* y *La paz perpetua* (Kant), *Vida de Don Quijote y Sancho* (Unamuno), *La deshumanización del arte* y *El espectador* (Ortega y Gasset), la *Ética científica* (J. Verdes Montenegro), *Psicología, Lógica y Ética* (A. Linares Herrera)… También leyó a Darwin (*La vuelta al mundo de*

un naturalista, traducción española de su *The Voyage of the Beagle*), y algún discurso de José Antonio Primo de Rivera, entre ellos el que pronunció en el Teatro de la Comedia de Madrid el 29 de octubre de 1933. El joven Miguel sintió "simpatía" por el orador, sin dejar por eso de tenerla por la FUE, en la que ocupó cargos directivos. Pero no solo los libros llenaron sus horas cuando se abría a la vida…

Como hijo y nieto de maestros, debió de percibir además en el hogar y en el entorno familiar más próximo un cierto aire o *modus essendi* "socrático", que lo llevó con el tiempo a elegir también el "magisterio" como forma de vida, y dentro de él la filosofía como materia muy a propósito de alguien como él, juguetón de niño, sí, pero dado a la soledad, sensible y reflexivo, tendente a la interioridad y, conforme iba creciendo en edad y saberes, decidido a no quedarse en las apariencias sino a buscar el fundamento de las cosas.

Preparado así desde la familia, la escuela y el instituto, en cuyas aulas descubrió (curso 1935-36) que su vocación era la filosofía, se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada en 1939. Dos de sus profesores universitarios, José Corts Grau (1905-1995) y Enrique Gómez Arboleya (1910-1959), consolidaron su vocación filosófica y docente. El primero, aparte de hablarle de algunos filósofos de su devoción, entre otros de Jacques Chevalier (1882-1962), le dio un consejo de lectura en orden a su formación: "Cinco horas de clásicos por una de actuales"; testigo soy de la insistencia con que Cruz, sobrio siempre de palabra, repetía el consejo a sus alumnos. El segundo lo inició en la carrera docente como ayudante (1944) y le propuso hacer su tesis doctoral sobre Brentano y la cuestión filosófica de la intencionalidad, tema que a la postre fue rechazado en instancias administrativas por no ser acorde con la especialidad de su título facultativo, que era el de licenciado en Semíticas (1943). *El pensamiento de Avicena* fue el tema sustituto que acabó en tesis leída en la Universidad Central (Madrid, 1946) bajo la dirección del arabista Emilio García Gómez (1905-1995).

Fueron también Corts y Gómez Arboleya quienes en los años 40 le dieron a conocer grandes figuras contemporáneas de la filosofía europea y española: Husserl, Scheler, Heidegger, Ortega, Zubiri… También conoció por esos años a otros filósofos españoles que le marcaron de alguna manera: Juan Zaragüeta (1883-1974) y Julián Marías (1914-2005). El primero lo introdujo en el pensamiento escolástico como algo vivo. En opinión de don Miguel, Zaragüeta ha sido "el hombre que ha representado el intento de recrear la filosofía cristiana en España". De Marías ha dicho en presente que "es un lujo de España…, y mantiene su culto a la verdad, a la razón y a la libertad como muy pocas personas en España lo han hecho en el siglo XX". En todo caso, de quien siempre se consideró *discípulo* fue de Xavier Zubiri, "el último de los grandes pensadores". Él le enseñó "a pensar", no tanto a discurrir y a expresarse filosóficamente, que lo aprendió de otros. A este respecto ha escrito Cirilo Flórez, el más brillante discípulo salmantino de don Miguel, que si él hubiera de situarlo en una tradición filosófica española "sería precisamente en el 'colegio invisible' de los zubirianos".

Pero las raíces de Cruz como filósofo e historiador de la filosofía arraigan también en otros veneros. En los años 50 tuvo la oportunidad de viajar a París para ampliar estudios con los medievalistas Étienne Gilson (1884-1978) y Louis Massignon (1883-1962): el primero, de quien confesó haber "aprendido más sobre el pensamiento

cristiano que absolutamente con nadie", era una indiscutible autoridad en la filosofía medieval, en cuyo terreno dejó don Miguel uno de sus libros, *El pensamiento de Ramon Llull* (1977), de especial recuerdo personal por la colaboración bibliográfica que pudimos aportar José L. Rodríguez Molinero (1940-2008) y un servidor; el segundo, uno de los más grandes arabistas del siglo XX, en cuyo terreno nadie negará que don Miguel Cruz Hernández plantó dominio propio de reconocido prestigio nacional e internacional. Aunque su obra más conocida en esta especialidad es la *Historia del pensamiento en el mundo islámico* (1981, 2 ts.; 2012, 3 ts.), recordemos otras como *La metafísica de Avicena* (1949), la *Filosofía hispano-musulmana* (1957), *La filosofía árabe* (1963), la *Historia del pensamiento en al-Andalus* (1985), *Abu-l-Walid ibn Rušd (Averroes): vida, obra, pensamiento, influencia* (1986, 1997)… Y hablando de arabismo, no estará de más recordar que en 1954 fue nombrado subdirector del Instituto Hispano-Árabe de Cultura, organismo creado aquel mismo año.

También en los albores de los años 50 tuvo lugar el encuentro personal en París con Jacques Maritain (1882-1973). Ciertamente no fue su intelectualismo tomista lo que le atrajo, y eso que uno de los maestros de Cruz, el ya citado Zaragüeta, intentó conciliar el neotomismo del filósofo francés con el lovaniense de Mercier (1851-1926), del que procedía Zaragüeta. No obstante, Cruz contrajo una deuda impagable con Maritain, sobre todo una deuda "de índole espiritual y religiosa". Cuenta don Miguel que "entre 1930 y 1939 su fe se había ido desvaneciendo", pero pudo volver a ella gracias, entre otras consideraciones, al apoyo intelectual que recibió leyendo sus libros, algunos de los cuales ya conocía antes de encontrarse con él. Además, reconoce Cruz que a través del autor del entonces *bestseller* en el mundo católico, *Humanisme intégral* (1936), llegó al conocimiento del pensamiento y obra de Péguy (1873-1914), de Foucauld (1858-1916), de Fournier (1886-1914), de Mounier (1905-1950)…, es decir, de toda una tradición francesa de pensamiento y vida enraizada en el humanismo cristiano. En su estancia parisina oyó además en la Sorbona o visitó a filósofos e historiadores de la filosofía que también le dejaron huella de por vida, como Gouhier (1898-1994), Wahl (1888-1874), Merleau-Ponty (1908-1961), Jankelevicht (1903-1985), Levy-Provençal (1894-1956), Gabriel Marcel (1889-1973)…

En 1950 fue también su encuentro personal con Heidegger en su casa del barrio de Zähringen en Freiburg im Breisgau (Alemania meridional, Selva Negra). Lo recibió cordialmente y hablaron de filósofos españoles, entre otros de Suárez (1548-1617), cuya obra releyó el alemán hacia 1917; de Unamuno (1864-1936), de quien dijo a su interlocutor que era "el pensador español que más le había interesado, aparte de Suárez"; también hablaron de Zubiri… La conversación de Cruz con Heidegger sobre filósofos españoles es lo que desearía subrayar. Creo que el hecho, junto con las ya apuntadas relaciones con nuestros filósofos vivos y sus tempranos escarceos con los textos de filósofos hispano-musulmanes, indica que desde muy joven se preocupó por hacer luz en la *historia de la filosofía española*. Lo ha hecho, primero, como investigador: a sus libros de especialista señalados más arriba, hay que recordar ahora sus trabajos sobre Séneca, San Isidoro, Suárez, Unamuno, Ortega, García Morente, Zubiri… Lo ha intentado asimismo como teórico de la historia de la filosofía general y española. Ahí están sus tempranas reflexiones sobre *El porvenir de la filosofía española* (1953) o sobre *La historia de la filosofía como iniciación en el filosofar* (1953).

A estos trabajos les siguieron otros en la misma línea como *El sentido de la Historia de la Filosofía* (1958), *Las "condiciones" de la Historia de la Filosofía* (1974) o *El papel de la "Historia de la Filosofía Española" en el conjunto de los estudios filosóficos históricos* (1978)…

En este ámbito concreto, su lema historiográfico puede resumirse en el *sapere aude*, en el deseo de saber y de comprender desde una actitud crítica, tendente a completar corrigiendo, a buscar lo no explorado, a rectificar lo conocido avanzando sobre la base de ceñirse más al terreno cultural y documental que al ideológico. Si para ello ha necesitado hacer un uso pericial de su formación filológica o echar mano de una vastísima erudición, no ha sido para quedarse en la vana ostentación de conocimientos, sino para intentar llegar al *sentido histórico* de la historia filosófica general o española. ¡Cuántas veces le hemos oído decir que esta no puede ser en rigor el estudio de los deseos del historiador, sino la fidelísima reconstrucción de lo que ha sido pensado! Solo la actitud de fidelidad científica puede ponernos en camino de la difícil verdad, condición para que el futuro se aproxime al ideal "debe ser" y paso obligado para la consecución de algo más inmediato: la desmitificación y superación de la esquizofrenia interpretativa que se ha dado y se da en un terreno tan controvertido.

La historia de la filosofía española como disciplina —venía a decirnos don Miguel— solo será útil a la comunidad si se mantiene fiel a sí misma como ciencia, sin servil inclinación a supuestos saberes más elevados o rigurosos, que si ciertamente la harían más metafísica o lógica, sería a costa de descoyuntar la realidad. La historia simplificadora de buenos y malos —¡tan racional y tan ideal ella!— es una pura invención ideológica carente de base real, pues las líneas de progreso —según lo que cada uno entienda por tal— se hallan entreveradas con otras de estancamiento y aun de retroceso. Solo un quehacer historiográfico riguroso y comprensivo, en que la lógica y la metafísica no ocupan el lugar que corresponde al pensamiento histórico, será capaz de decantar esas líneas dondequiera que se encuentren. En una palabra, pensaba don Miguel que las oquedades de nuestra historia filosófica solo podrán llenarse con *ciencia y amor*, como dijo en la primavera de 1978 en el I Seminario de Historia de la filosofía española.

Y al llegar aquí, permítaseme poner de relieve el importante papel de animador y orientador cumplido por don Miguel en Salamanca durante los años que residió en ella como catedrático de Filosofía (1950-1976). Llegó procedente de Granada a la Facultad de Filosofía y Letras tras unas oposiciones. Traía consigo algo que nadie veía, la *libido docendi* heredada de sus padres. Lo llevaba en la masa de la sangre. De ahí que andando los años haya sido uno de los catedráticos universitarios que han ejercido su oficio con verdadera vocación de *maestro.* Fue su labor salmantina más fructífera. El magisterio de Cruz se ha caracterizado principalmente por sugerir una revisión en profundidad de los hábitos mentales y métodos básicos de trabajo de quienes se disponían a emprender bajo su dirección la tesis de Doctorado en Filosofía, orientada preferentemente en la dirección *histórica.*

Esta noble y desinteresada tarea lo obligó, como ha dicho, a algunos sacrificios; a limitar su investigación personal en favor de la atención debida a sus alumnos y discípulos. "En compensación —escribía don Miguel en 1988— vi abrirse varias líneas de investigación seria, en especial sobre el pensamiento contemporáneo y el excogi-

tado en España". Por ceñirnos al campo promovido por la AHF, gracias a su estímulo autores olvidados como Pedro de Aragón (c. 1545-1592), Patricio de Azcárate (1800-1886) o Nicolás Salmerón (1837-1908) fueron temas de tesis doctorales por él dirigidas y ejecutadas por José Barrientos, Nicolás Martín Sosa y por quien esto escribe. El escaso brillo de estos filósofos en las historias de la filosofía española de entonces, es solo señal de la ignorancia que había entre nosotros del papel cumplido por ellos en la vida real de nuestra historia intelectual.

Con este significado de su impagable labor en el campo del hispanismo filosófico, pongo punto final al merecido recuerdo debido a nuestro muy reciente y querido Socio de Honor (2019). Soy testigo de la enorme satisfacción con que recibió el nombramiento y la alegría, al final de su vida, de saberse acompañado en tal distinción por uno de sus discípulos salmantinos.